

2. Lo segundo, oraba con grande espíritu y fervor, no pagándose de solas palabras, sino mas de los afectos del corazón; y por esto dijo: *Orabo spiritu; arabo et mente. Oraré con espíritu, y oraré con la mente* (1), juntando lo interior del alma con la palabra que se echa por la boca. De aquí es, que su contemplacion era tan alta, que estando en la tierra, tenia, como él dice, su conversacion en los cielos (2). Una vez fué arrebatado hasta el tercer cielo, y al paraíso, donde vió los secretos de Dios, que no es licito hablar á los hombres (3), como arriba se apuntó, en el cual raptó, por lo menos le comunicó nuestro Señor el grado mas alto de contemplacion que en esta vida mortal se comunica; y es de creer que tuvo otros muchos, los cuales por su humildad calló, como lo da á entender cuando cuenta este, y cuando dijo: *Mente excedimus Deo. Tenemos éxtasis del espíritu, tratando con Dios* (4). Y bien se ve cuán altos fueron, pues para que la grandeza de tantas revelaciones no le envaneciese, fué menester que el aguijon de su carne y el ángel de Satanás le humillasen.

3. De esta contemplacion procedia la abundancia de consolaciones que tenia, y alto sentimiento que tuvo de Cristo nuestro Señor, y de las riquezas inestimables de su gracia, y de los secretos de la predestinacion y providencia divina, y de las excelencias y perfecciones de Dios, de las jerarquías de los Ángeles, y de otras muchas cosas que enseña en sus Epístolas. Finalmente, fué tanta la estima que tenia de Cristo nuestro Señor, que vino á decir: que todas las cosas del mundo, oro, plata, perlas y lo demás lo tenia por estiércol, en razon de ganar á Cristo; y que por la eminente ciencia que tenia de su grandeza, todo lo que era contrario á él lo tenia por pérdida, aunque antes lo hubiese tenido por ganancia (5). ¡Oh ciencia soberana de Cristo, que tanta desestima pegas de las cosas de la tierra, y tanta estima de las cosas del cielo! Dame, Señor, esta ciencia, con la cual te conozca de tal manera, que tenga por basura lo terreno, en razon de alcanzarte á tí, Dios y hombre verdadero. De estas cuatro consideraciones he de sacar, por una parte grande admiracion de las raras mercedes que hizo Dios á este santo Apóstol, dándole gracias por ellas; y por otra parte un gran deseo de imitarle en lo que es imitable, frecuentando la oracion con espíritu, y el ejercicio de la meditacion con viveza, disponiéndome de tal ma-

(1) I Cor. xiv, 15. — (2) Philip. iii, 20. — (3) II Cor. xii, 2.
 (4) II Cor. v, 13. — (5) Philip. iii, 8.

nera, que no ponga impedimento á los favores que Dios desea hacer á los que frecuentan este soberano ejercicio.

PUNTO SÉPTIMO.— *De su amor unitivo con Cristo.*— 1. La séptima virtud fué excelentísima caridad y amor á Cristo nuestro Señor con la suprema union que hay en la via unitiva, la cual declaró diciendo: *Christo confusus sum cruci. Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus. Con Cristo estoy enclavado en la cruz: vivo, no yo, sino vive en mí Cristo* (1). En las cuales palabras declara dos modos maravillosos de union amorosa que tenia con Cristo. El primero, era con Cristo crucificado, estando unido y enclavado con él en la cruz, no con clavos de hierro, sino con clavos de amor y de imitacion, preciándose sumamente de esto, y pensando, hablando y obrando conforme á esto, y así dijo á los de Corinto: *Estando con vosotros me hube como quien no sabia otra cosa que á Cristo crucificado.*

2. El segundo modo de union con Cristo era espiritual, con excesos de amor, viviendo, como dice san Dionisio, solamente la vida amatoria (2): de suerte que aunque es verdad que vivia su vida natural, pero no vivia él la vida libre, guiándose por su antojo y á su solo albedrío y voluntad, sino Cristo vivia en él, como principio, regla y fin de sus pensamientos y afectos, de sus palabras y obras, trayéndole Cristo nuestro Señor unido consigo con ejercicios muy continuos de amor, y así decia: *Mihi vivere Christus est: Mi vivir es Cristo* (3), mi pensar es Cristo, mi querer es Cristo, mi hablar es Cristo, y mi obrar es Cristo. ¡Oh dichoso Apóstol, á quien tanto favor hizo Cristo! ¡Oh si mi ánima fuese tal que viviese siempre Cristo en ella! Ó Cristo vida mia, vive siempre en mí, y mi vivir sea siempre en tí, por todos los siglos. Amen.

3. Luego ponderaré cuán arraigado estaba en este santo Apóstol este amor, pues se atrevió á decir: *¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulacion, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó persecucion, ó cuchillo? Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los Ángeles, ni los Principados, ni las Virtudes, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni la fortaleza, ni la alteza, ni la profundidad, ni otra alguna criatura nos podrá apartar de la caridad de Dios por Cristo Jesús* (4). ¡Oh fuego de amor que no te amortiguas con las aguas de las tribulaciones, antes creces con ellas (5)! ¡Oh fuego insaciable que nunca dices basta (6), porque nunca te cansas de padecer por el que amas! enciende, Redentor mio, este

(1) Galat. ii, 19. — (2) C. 4 de divin. nomin. — (3) Philip. i, 21.
 (4) Rom. viii, 33. — (5) Cant. viii, 7. — (6) Prov. xxx, 16.

fuego en mi corazón, para que te ame con tanto fervor, que ninguna cosa criada pueda apagarle. Amen.

PUNTO OCTAVO.—*De su amor ó celo de las almas.*—1. La octava virtud fué fervorosisima caridad y amor á los prójimos, nacida de la caridad encendida que tenia á Cristo nuestro Señor, la cual, como él dice (2), le hurgaba y espoleaba el corazón para todas las cosas de su servicio en bien de las almas, cuya salvación deseaba entrañablemente, y por ellas padeció terribles trabajos, andando por todo el mundo predicando infatigablemente por los reinos y provincias, en las plazas y calles, y casas particulares, y en la misma cárcel, unas veces en comun, otras á cada uno en particular, con grande ternura de corazón: *Nocte et die non cessavi monens cum lacrymis unumquemque vestrum. De noche y de día no descansé, amonestando á cada uno con lágrimas* (2) nacidas de amor mas tierno que de madre. De aquí le procedia hacerse siervo y esclavo de todos, para ganarlos á todos, acomodándose á judíos y á gentiles, á sabios y á idiotas, á fuertes y flacos: *Omnibus omnia facta sum, ut omnes facerem salvos. Hiceme todas las cosas á todos, para salvar á todos* (3), y en todas las cosas procuro agradar á todos, no buscando lo que es útil para mí, sino para muchos, para que todos se salven (4). ¡Oh caridad extendidísima, que á todos abrazas y á ninguno excluyes, tomando todas las figuras de los hombres, para que todos reciban la figura de Cristo, y lleven sobre sí la imágen del hombre celestial!

2. De aquí tambien nacia la solicitud y celo que tenia del bien de todos, sintiendo sus daños, como si fueran propios, y así cuenta este sentimiento entre sus grandes trabajos, diciendo: *¿Quién enferma, que yo no enferme con él? ¿Y quién se escandaliza, que yo no me abraze* (5)? Y por esta causa decia á los romanos, que la tristeza de su corazón era grande, y su dolor continuo, por la perdición de sus hermanos los israelitas (6). Y á los de Galacia, que habian degenerado de la pureza evangélica, decia: *Hijuelos, á los cuales otra vez engendro con dolor, hasta que se engendre Cristo en vosotros* (7); y otra vez se llama ama que cria á sus hijos pequeñuelos, protestando, que deseaba darles su alma, porque los amaba en gran manera (8), y los tenia dentro de su corazón, amándolos con entrañas de Cristo (9), deseando entrañarlos dentro de él, para que siempre le amasen.

(1) II Cor. v, 14. — (2) Act. xx, 31. — (3) I Cor. ix, 23. — (4) I Cor. x, 33.
 (5) II Cor. xi, 20. — (6) Rom. ix, 2. — (7) Galat. iv, 19. — (8) I Thes. ii, 7.
 (9) Philip. i, 8.

3. De aquí procedió otra grandeza excelentísima de su amor (1), porque con desear mucho morir por ir á ver á Cristo nuestro Señor, detenia este deseo por la necesidad de sus prójimos, en razón de ganar sus almas, y no dudaba dejar la dulzura de la contemplación (2), y ausentarse de este dulce trato con Cristo, porque otros se salvaran. Y pasó tan adelante su caridad, que dijo: *Optabam ego ipse anathema esse à Christo pro fratribus meis: deseaba estar apartado de Cristo por mis hermanos* (3), dando á entender, como muchos Santos declaran (4), que si fuese necesario para la salvación de sus prójimos, escogiera estar apartado de la vista de Cristo y de su gloria, ó por muy largo tiempo, ó hasta la fin del mundo: porque no tenia otra mayor gloria que amar á Cristo, y cumplir su voluntad, y ganarle muchas almas que le amasen y sirviesen por toda la eternidad. Por las cuales dijera mejor que Moisés: *Ó perdónalas, Señor, ó bórrame del libro de la vida* (5); porque mas querria estar ausente de tí sin culpa, que no perderse tantas almas por su culpa. ¡Oh caridad altísima y profundísima, que subes tan alto, que no te contentas con menos que poseer á Dios, y descienes tan profundo, que quieres sin culpa carecer de Dios, por dar gusto al mismo Dios! Dame, Señor, una caridad como esta, que ponga su descanso en darte gusto, aunque sea á costa del mio, gustando de ganar muchas almas que gocen de tí por todos los siglos. Amen.

4. Lo último, exagera mucho esta caridad, en que se extendia á sus mismos enemigos y perseguidores, amándoles como amigos, cumpliendo en ellos todas las leyes del amor, y así dice: *Somos maldecidos, y bendecimos, somos blasfemados de muchos, y rogamos por ellos* (6). Y á los corintios dijo: *De bonísima gana me daré todo, y tornaré otra vez á darne por vuestras almas, aunque amándoos yo mucho, vosotros me amáis poco* (7). De donde procedia, que si algunos por envidia ó contienda, ó por hacerle pesar predicaban á Cristo, no solo no le pesaba ni se quejaba, ni tenia envidia ó lo estorbaba, antes se gozaba y alegraba de que Cristo fuese predicado, y las almas aprovechadas (8). De todas estas ponderaciones he de sacar un entrañable deseo de imitar esta encendida caridad del Apóstol para con mis prójimos, así buenos como malos, así amigos como enemigos, mirando en ellos á Cristo nuestro Señor, por quien todos deben ser amados.

(1) Philip. i, 23. — (2) D. Thom. 2, 2, q. 182, art. 2. — (3) Rom. ix, 3.
 (4) D. Chrysost.; D. Thom. ibi, et alii. — (5) Exod. xxxii, 31.
 (6) I Cor. iv, 12. — (7) II Cor. xii, 13. — (8) Philip. i, 15.

PUNTO NONO.—1. De esta caridad proceden otras insignes virtudes, en lo cual descubrió el Apóstol su perfeccion, y de ellas ponderaremos algunas.—La primera, fué grande obediencia á la voluntad divina, y á todas las inspiraciones con que se le descubria. Y así en diciéndole que fuese á predicar á Macedonia (1), ó Jerusalem, ú otra parte, al punto iba, aunque supiese que allí le esperaban por esta causa terribles persecuciones y trabajos; porque mas caso hacia de su alma, que de su vida, y de buscar la voluntad de Dios, que su propio descanso. Y despues de haber obedecido en todo esto, no se gloriaba ni pensaba que habia hecho algo, porque lo tenia por necesario y obligatorio, como quien dice: Siervo soy y sin provecho; lo que estaba obligado á hacer, esto hice.

2. La segunda, fué gran cuidado en guardar la lengua, y ser perfecto en sus palabras con excelentísima perfeccion, así predicando como conversando con los hombres, como consta por lo que dijo á los corintios: *No somos como algunos que adulteran la palabra de Dios, sino hablamos con sinceridad, movidos de Dios, delante de Dios, y de cosas que tocan á Cristo* (2). ¡Oh varon perfecto, verdaderamente religioso, que así supo guardar su lengua sin tropezar en palabras, para que su religion no fuese vana, ni su perfeccion menguada (3)! ¿Quién tropezará hablando, si habla con sincera intencion, siguiendo la divina inspiracion, mirando que le mira Dios, y tratando de solo Cristo?—La tercera, fué un entrañable deseo de aprovechar en la virtud, y de ir siempre adelante, porque con haber trabajado tanto, ni se tenia por perfecto, ni pensaba haber llegado á la cumbre, sino siempre iba siguiendo su intento de mayor perfeccion, y para esto se olvidaba de las cosas pasadas, y se extendia siempre á cosas nuevas, hasta alcanzar el premio de la soberana vocacion.—La cuarta, fué maravillosa destreza en juntar las virtudes que se juntan con dificultad, como son, humildad y magnanimidad, mansedumbre y celo, entrañas de misericordia y rectitud de justicia, castigando, cuando era menester, los delitos, y resistiendo á los que no procedian conforme á la verdad y sinceridad del Evangelio que predicaba (4).

3. La quinta, fué grandes ansias de ir á ver á Cristo nuestro Señor por el grande amor que le tenia, y así gemia dentro de sí mismo, esperando la perfecta adopcion de hijo de Dios, y decia, que su vivir era Cristo, y morir era su ganancia (5); porque muriendo

(1) Act. xvi, 9; xx, 22. — (2) I Cor. ii, 17. — (3) Jacob. i, 25.

(4) Galat. ii, 11. — (5) Philip. i, 28.

ganaba estar siempre con Cristo. Y con este deseo decia, que aunque deseaba estar presente á Dios (1), pero que presente y ausente siempre deseaba agradarle. Y de aquí procedia la confianza y seguridad que tenia de la gloria, de modo que pudo decir: *Peleado he buena pelea: corrido he mi carrera: guardado he la fe y lealtad que debia, por la cual me está guardada la corona de justicia, que me dará el justo Juez el dia de la cuenta, y no solamente á mi, sino á todos los que aman su venida* (2). De aquí tambien nació la grande prontitud y generosidad de ánimo con que se ofrecia á morir por Cristo, por el bien de las almas; la cual mostró con las obras toda la vida, porque su vida fué una prolongada muerte por Cristo y por sus prójimos, y así dijo (3): *Por tí somos mortificados todo el dia, y tratados como ovejas del matadero, y nosotros que vivimos, somos siempre entregados á la muerte por Jesus* (4). Y otra vez dice: *Cada dia, hermanos, muero por vuestra gloria, la cual tengo en Cristo Jesus* (5).

4. Y finalmente, cuando se ofreció ocasion dió la cabeza por Cristo nuestro Señor; y aunque el modo de muerte parecia ligero, pues no murió crucificado como san Pedro, pero quizá fué la causa porque toda su vida, despues de su conversion, habia vivido, como está dicho, enclavado con Cristo en la cruz (6), estando señalado con las llagas y señales de su pasion (7), cumpliendo en su cuerpo lo que era menester para cumplimiento de la pasion de Cristo (8), aplicando su eficacia á la Iglesia á costa de sus propios trabajos, y con este fervor estaba aparejado para morir muerte de cruz, si le fuera concedido. Y aun deseaba morir con mil géneros de tormentos, para mostrar en esto el grande amor que tenia á su Maestro. Ó Maestro celestial, que despues de subido al cielo escogiste este nuevo discípulo, y le labraste con tu divina mano, despojándole de todas las aficiones terrenas, y vistiéndole de las divinas; por él te suplico me tomes tambien por tu discípulo, ayudándome con tan copiosa gracia, que te pueda imitar, como él te imitó, para que llegue en su compañía á gozar de tí por todos los siglos. Amen.

(1) II Cor. v, 8. — (2) II Tim. iv, 7. — (3) Rom. viii, 36. — (4) II Cor. iv, 11.

(5) I Cor. xv, 31. — (6) Galat. ii, 19. — (7) Galat. vi, 17. — (8) Colos. i, 24.

MEDITACION XXXII.

DE LA VOCACION DE CORNELIO CENTURION, Y DE LA REVELACION QUE TUVO SAN PEDRO SOBRE LA CONVERSION DE LOS GENTILES, Y COMO EL ESPÍRITU SANTO VINO SOBRE ELLOS.

PUNTO PRIMERO.—1. *Habia un varon en Cesarea, llamado Cornelio, capitan de la legion que se llamaba Itálica, religioso y temeroso de Dios, con toda su casa, el cual hacia muchas limosnas al pueblo, y oraba siempre á Dios* (1). Aquí se han de considerar las virtudes excelentes con que este varon se fué disponiendo para recibir las mercedes que Dios le hizo, alumbrándole con la fe de Cristo; y comunicándole la plenitud del Espíritu Santo con el don de lenguas, como á los Apóstoles.—Lo primero, era muy religioso; esto es, muy dado á las cosas del culto de Dios y á las obras de su servicio.—Lo segundo, era temeroso de Dios, apartándose de todo pecado; con lo cual cumplía las dos partes de la justicia, que son apartarse de lo malo y seguir lo bueno. Y era tan grande el ejemplo que de esto daba, que toda su casa hacia lo mismo, porque cual es el señor, tales son los criados; y cual es el padre de familias, tales son sus domésticos.—Lo tercero, era muy limosnero, dando muchas limosnas á cualquiera del pueblo que se las pedia, no haciendo diferencia de unos á otros.—Lo cuarto, era muy dado á la oracion, porque oraba siempre; esto es, con grande frecuencia y continuacion, y en las horas señaladas para esto: lo cual se echó bien de ver en que guardaba la costumbre de orar á la hora de nona, como él mismo lo dijo: *Orans eram hora nona*: y aunque era de nacion gentil, se ejercitaba en tales obras; porque Dios misericordiosamente le previno con sus ayudas, y se aprovechaba del ejemplo que veia en los buenos con quien conversaba en aquella ciudad; y nuestro Señor nos le pone delante, para confusion de los que tenemos fe de Cristo y gozamos de sus Sacramentos, y con todo eso no hacemos lo que un gentil y soldado hacia.

2. Luego consideraré el modo como Dios le llamó para darle la luz y perfeccion que le faltaba, porque *cerca de la hora de nona vió en vision manifestamente al Ángel de Dios que entraba á él, y le decia: Cornelio, y mirándole con gran temor respondió: Señor, ¿quién eres? Díjole el Ángel: Tus oraciones y tus limosnas han subido á la presen-*

(1) Act. x, 1.

cia de Dios. Envía luego algunos varones á Joppe, y llama á Simon, por sobrenombre Pedro, el cual te dirá lo que te conviene hacer. En lo cual resplandece la suave providencia de nuestro Señor en mirar por la salvacion y perfeccion de los escogidos, porque cuando ve que alguno de su parte, conforme á su caudal y fuerzas, ayudadas del divino socorro, hace lo que sabe y puede, luego acude á enseñarle lo que no sabe, y á darle nueva ayuda para lo que no puede, tomando para esto, si fuere necesario, medios extraordinarios y milagrosos, como lo hizo en este caso. De donde sacaré grande confianza en esta providencia paternal de Dios, y continuas alabanzas por las mercedes que con ella nos hace. Ó Amado mio, ¿cómo no tendré yo cuidado de tí, pues tú le tienes tan grande de mí? Cierta será mi salvacion, si la tomas á tu cargo, mirando con especial providencia lo que me falta, para poner luego remedio en ello. Concédeme, Señor, que haga todo lo que mi saber y mi poder alcanza, y descúbreme con tu divina luz lo que no entiendo, ayudándome con tu gracia para cumplirlo.

3. Luego ponderaré como los Ángeles, especialmente los de la guarda, son instrumentos y ministros de la divina Providencia en el negocio de nuestra salvacion, y á su cargo está asistir invisiblemente á los que oran, y presentar á Dios sus oraciones y buenas obras: y así este Ángel que guardaba á Cornelio se le apareció estando orando, y le dijo dos cosas. La primera, que sus oraciones y limosnas habian subido á la memoria y presencia de Dios; de suerte que no se quedaron en la tierra, sino volaron hasta el cielo, y no se olvidó Dios de ellas, sino túvolas presentes en su memoria, y en su presencia estuvieron solicitando y negociando la salvacion y perfeccion de Cornelio, y ambas juntas subieron, porque la oracion ayuda á la limosna, y la limosna á la oracion. Por tanto, ó alma mia, si quieres negociar con Dios tu salvacion, envíale estos dos solicitadores, para los cuales no hay puerta cerrada en el cielo (1); porque la oracion del que se humilla penetra las nubes, y no saldrá de allí hasta que el Altísimo la mire. Y si escondes la limosna en el seno del pobre, ella orará por tí (2) librándote de todo mal, porque la limosna es oracion, no de boca, sino de obra.

4. La segunda cosa que le dijo fué, que enviase por san Pedro, y que él le diria lo que le convenia hacer, en lo cual se ve que la divina Providencia, aunque nos gobierna por Ángeles en las cosas que no pueden hacer los hombres, pero en las que pueden hacer,

(1) Eccli. xxxv, 21. — (2) Eccli. xxix, 15.